



Enfermera desde niña, por el servicio a los demás

Concepción Naranjo González nació el 24 de enero de 1921 en Málaga. La penúltima de 9 hermanos. Madre de un hijo, abuela de 4 nietas que le han dado 4 bisnietos de momento. Nos cuenta en un despacho de la Facultad de Ciencias de la Salud cómo fue enfermera antes ni siquiera de hacer estudios para ello.

“Siendo una niña, con 14 años me fui como refugiada por los bombardeos de la guerra a Alicante y comencé a ayudar en el Hospital Inglés de Campoamor. Yo me encargaba de los desayunos, de lavar a las personas y dar los biberones a los niños”, recuerda Concha y explica, con todo detalle, cómo la señora inglesa que dirigía a las enfermeras le enseñó técnicas de cuidados, como por ejemplo pinchar en vena.

Trasladaron el hospital a otra zona y siguió trabajando a cambio de comida y su primer sueldo, Hasta que una tarde anunciaron que la guerra se había terminado. Y entre alegría por volver a Málaga y sollozos por dejar esa labor con la que tanto había disfrutado, se despidió de la que fue su primera mentora en la Enfermería, y que ahora recuerda con tanto anhelo por introducirla en esos primeros pasos como profesional.

Quería ser misionera

Al volver a casa, trabajó como costurera pero aquello no era lo que ella quería. “Desde niña tenía en la cabeza que quería ser misionera así que fui al Hospital Noble y hablé con una monja y le conté que quería trabajar como enfermera pero el primer día me pusieron a fregar el suelo y yo les dije que para eso no estaba allí, así que me hicieron caso”, recuerda.

Ella miraba lo que hacían los practicantes, a veces ella misma les enseñaba lo que había aprendido durante la guerra. Y al mismo tiempo asistía a las clases que daban los médicos. Recuerda que ganaba 30 pesetas de la época y que todo era muy práctico. Ella iba a examinarse a la Facultad de Medicina de Granada y explica que cuando aún trabajaba llegaban muchas alumnas a las que introducía en la instrumentación en quirófano.



Empezó a estudiar para matrona en el Hospital Noble pero lo terminó en maternidad de Santa Cristina en Madrid. Realmente no ejercía con demasiada frecuencia como matrona, pero cuando se requería de una enfermera especialista, o faltaba la matrona, a ella la llamaban, incluso recuerda que asistió un parto en la entrada del Sanatorio de Santa Clara, en Málaga.

Una vez tuvo su título decidió que quería ser monja y se fue a Madrid al Hospital del Niño Jesús, pero pasado un tiempo dejó el convento. “No era para mí el protocolo de las monjas, yo quería el contacto con el enfermo”, afirma Concha mientras sigue recordando anécdotas y nombres de compañeros y compañeras con los que ha compartido su bagaje profesional.

Sorda por una equivocación

Avanza la entrevista con risas y la ayuda de su nieta que a través de anotaciones en una libreta hace que su abuela atienda a las preguntas, pues se quedó sorda de joven. Según cuenta por equivocación, al ponerse enferma con una fiebre muy alta cuando tenía unos 30 años de edad.

“Yo avisé al médico de que era alérgica a la penicilina pero me la inyectó y yo creí que me moría, sino fuera porque una compañera, me ayudó a poner otra medicación para contrarrestar aquel efecto que me iba a matar”, cuenta Concha. Afortunadamente salió airosa salvo por la sordera que le acompañaría para el resto de sus días.

Esto no le perjudicó en el desarrollo de su trabajo ya que se adelantaba a las peticiones de los doctores en quirófano y por eso muchos pedían que estuviera ella, especialmente en situaciones delicadas o en primeras intervenciones. Hubo, incluso, quienes le propusieron marcharse a otros centros de la geografía española cobrando lo que quisiera.

Sin embargo, ella prefirió quedarse en Málaga compaginando su trabajo en el Sanatorio de Campanillas y en el Hospital Regional donde se jubiló, sin desearlo, en cirugía de tórax. Reconoce que no aceptó bien su retirada del mercado laboral porque se veía bien y quería seguir sirviendo. “Yo 20 veces que volviera a nacer, 20 veces volvería a ser enfermera”, dice orgullosa esta enfermera de 95 años.

La segunda de sus nietas, la que tantas veces ha escuchado las historias de su abuela enfermera, decidió seguir sus pasos y ahora se encuentra en tercer curso de grado. “Yo siempre he deseado que a alguna le gustara mi profesión porque es un trabajo muy humano, de mucha responsabilidad y amor hacia el enfermo. Es algo muy grande ver a una persona enferma y al tiempo verle sano”.

Su nieta cuenta cómo cuando ha ido al hospital, muchos compañeros le han hablado bien de ella y eso es un “orgullo”. Concepción ha enseñado a muchas de las jóvenes enfermeras que llegaban recién terminados sus estudios, y sin apenas práctica, y muchas le decían que no era solo una profesora sino como una madre para ellas por la experiencia y el don que tenía para ser enfermera. Algo que ella ha llevado como una forma de vida.

Así lo deja ver en el mensaje que le pedimos para que los estudiantes y profesionales reciban un consejo de alguien tan experto como ella: “Dar la vida por el paciente”, incluso si tuviera



que ser en la literalidad de la palabra. Son ejemplos de enfermeras que dejan huella años después cuando siguen compartiendo sus vivencias aunque haga décadas desde que empezó a ejercer en tiempos de guerra.

Victoria Contreras, responsable de Comunicación del Colegio Oficial de Enfermería de Málaga

